

Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar.

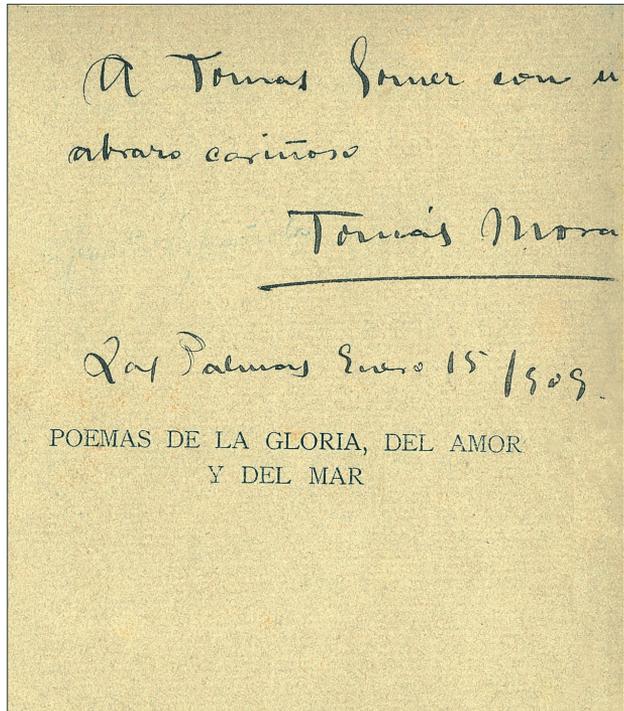
[Donación de SOFÍA GÓMEZ ARROYO]



Portada de *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, de Tomás Morales; con una poesía de Salvador Rueda. Madrid: Imprenta Gutenberg-Castro, 1908. 141 p.; 18 cm.

Dedicatoria autógrafa de Tomás Morales a Tomás Gómez Bosch en la portadilla de *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, fechada en Las Palmas el 15 de enero de 1909. Archivo-Biblioteca de la Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.

EN LA ACTUALIDAD ES MUY DIFÍCIL ENCONTRAR EJEMPLARES del primer libro publicado por Tomás Morales, *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar* en Madrid en 1908 bajo el sello editorial de la Imprenta Gutenberg Castro. Los ejemplares que aún puedan encontrarse son escasísimos, y la mayoría de ellos, por lo general están en muy mal estado de conservación. Pero estamos ante un ejemplar, que aunque no conserva las cubiertas originales, está en muy buen estado de conservación porque fue encuadernado con tapas de cuero en su día. Además es un ejemplar con un valor documental de primer orden porque contiene una dedicatoria autógrafa de Tomás Morales a su gran amigo, el pintor y fotógrafo, Tomás Gómez Bosch. La dedicatoria está fechada en Las Palmas el 15 de enero de 1909 y reza como sigue: “A Tomas Gomez con un abrazo cariñoso. Tomás Morales. Las Palmas. Enero 15 1909”. Entre las bibliotecas privadas de los creadores canarios se encuentra sin duda la del pintor Tomás Gómez Bosch (1883-



1980) que la Casa-Museo Tomás Morales adquirió en gran parte en 2005. Esta edición de *Poemas de la Gloria, del Amor del Mar* ha pasado a formar parte del fondo bibliográfico y documental de esta institución.

El 2 de junio de 2008 se cumplieron los cien años de la aparición de este libro y el Departamento de Ediciones del Cabildo de Gran Canaria decidió realizar una edición conmemorativa del centenario de la primera edición (1908-2008). Reproducimos a continuación unas palabras de Oswaldo Guerra Sánchez de la primera parte del texto introductorio de dicha edición:

No es frecuente en la historia literaria que un libro de modesta factura editorial y de tan corta tirada haya tenido una trascendencia tan singular en el desarrollo de la poesía contemporánea. Desde la perspectiva actual, la publicación en junio de 1908 de *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar* significó, en primer término, la consagración de un joven poeta que por entonces empezaba a darse a conocer: Tomás Morales. Pero desde el punto de vista del contenido, si para los derroteros de la poesía hispánica el libro fue como un jarro de agua fresca en el marasmo en que parecía encontrarse la estética modernista del momento, para la tradición literaria canaria marcó, tal y como hoy reconoce unánimemente la crítica, el límite entre un antes y un después en los modos de hacer poesía.

Con tan sólo 23 años de edad, Tomás Morales había logrado, con un puñado de versos, fama y reconocimiento en los círculos literarios de la época, que vieron en él a la gran promesa literaria de las jóvenes generaciones. Prueba de ello es no sólo el aluvión de críticas positivas que recibió la obra (por parte de autores como Enrique Díez-Canedo, Carmen de Burgos, Fernando Fortún, José Francés, Bernardo G. de Candamo, Luis Doreste Silva, Francisco González Díaz o Adolfo Febles Mora, por citar sólo algunos), sino el hecho de que gracias a ella Tomás Morales fuera incluido en repertorios antológicos de cierto alcance, como *La musa nueva: selectas composiciones poéticas*, de Cecilio Gasca (1908) o *Parnaso español contemporáneo*, de José Brisa (1914).

De las tres secciones en que se dividía el libro (Rimas sentimentales, Poemas de la Gloria y Poemas del Mar), la

más aclamada sin duda fue la última. La visión que ofrecía Morales sobre el tema marino era prácticamente inédita en la poesía hispánica del momento, en especial por haber logrado un perfecto equilibrio entre elementos de apariencia opuestos, es decir, entre la ensoñación poética, de carácter puramente simbolista, y un escenario en principio realista, como es el de la vida portuaria, los entresijos de la navegación, la odisea de las gentes de mar. Y todo ello en el marco de una renovada expresión, perfectamente encajada en la estructura del soneto de verso alejandrino, tan caro a los modernistas. Ello explica la originalidad de estos versos, que en gran medida debían sonar exóticos para los cenáculos literarios de la capital de España, lugar donde el autor dio impulso inicial a su amplio proyecto poético. Y es que el logro de Morales se cifró en una doble circunstancia, estrictamente literaria una, puramente vital otra: su sólida formación lectora, forjada en la estela de Rubén Darío y el simbolismo francés, y su pertenencia a una cultura isleña, en la que ocupa un lugar destacado la vivencia del mar (luego transformada en *visión marina*) y, muy especialmente, la de un espacio concreto: el Puerto de la Luz en Las Palmas de Gran Canaria. Un puerto internacional a pleno rendimiento desde la penúltima década del siglo XIX, que estaba destinado a abrir nuevos horizontes a unos isleños de por sí inclinados al conocimiento de mundos lejanos, y por el que saldría lo mejor de la civilización insular en su afán de darse a conocer en el exterior.

Sea como sea desde la aparición de estos poemas de tema marino (que en su mayor parte el poeta había dado a la luz en la *Revista Latina*, que dirigía Francisco Villaespesa), Tomás Morales habría de ser conocido como el «poeta del mar», etiqueta que si bien hoy no pasa de ser un mero encasillamiento, una simple etiqueta, a la vista de los numerosos y más profundos planteamientos críticos del momento en torno a su obra, tuvo no obstante una clara función identificadora de sus poesías, lo que en el fondo redundó en un más amplio reconocimiento de su quehacer literario. Una de las muchas muestras en que se cifra esa fama es la posición que ocupan los versos del poeta en la crucial antología de Federico de Onís aparecida en 1934, *Antología de poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*. Allí aparece representado bajo un subepígrafe titulado precisamente «Poetas de mar y viajes», enca-

sillamiento que el propio Onís considera insuficiente, pero que le sirve para afirmar que Morales ocupa un lugar central en la poesía contemporánea gracias al influjo de su isla natal, que «le dio los temas diversos de su poesía, la más rica, amplia y brillante de la fase postmodernista en España».

Que Tomás Morales era algo más que el poeta del mar lo demostró en las otras secciones del libro, más olvidadas por la crítica pero de incuestionable valor. La primera de ellas, titulada «Rimas sentimentales», es un conjunto de versos de corte intimista y de clara adscripción romántica, en los que el poeta instrumentaliza la memoria como motor de la imaginación creadora. Los objetos cotidianos, la familia, la amistad, la infancia en fin, cobran vida en estos textos y conforman el poderoso edificio de la memoria, muy en la línea de cierta corriente del simbolismo en lengua francesa, como se puede apreciar en la poesía de Georges Rodenbach o Albert Samain, por poner sólo dos ejemplos. Aunque la mayor parte de las composiciones de esta sección se aleja considerablemente de los logros poéticos alcanzados por el autor en su poesía posterior, persiste en ellas un tono y un ritmo de absoluta modernidad, que hace que puedan ser leídas hoy sin el menor atisbo de prejuicios estéticos. Sirva como ejemplo la composición número V, dedicada al joven poeta español Fernando Fortún, íntimo amigo de Morales, que es todo un canto intimista a los sentidos y a la memoria, a partir de la recreación simbolista de los espacios recoletos (la habitación en penumbra, el hueco de la ventana, los arcaicos sillones, el rincón del piano) por los que transita el alma.

Otro tanto hay que decir de la sección intermedia del libro, *Poemas de la gloria*, en la que hay composiciones de gran importancia para entender globalmente la obra de Tomás Morales, como por ejemplo «La espada», de carácter metapoético, toda una declaración de intenciones en el marco del Modernismo, o «Canto romántico», que es una suerte de recorrido por el propio pensamiento poético del autor. También encontramos en esta sección otro verdadero monumento a la estética del Modernismo: «Criselefantina», poema erótico dotado de una magnífica arquitectura verbal en el que se cumple una de las máximas del modernismo: la sacralización de lo profano, en este caso la divinización del amor carnal.

Reproducimos a continuación la composición poética citada anteriormente “La Espada” de Tomás Morales:

LA ESPADA

A Santos Chocano

Yo he forjado mi acero sobre el yunque sonoro,
al musical redoble del martillo potente,
y he adornado, en mis noches de trabajo paciente,
con líricos emblemas su cazoleta de oro.

Su rica empuñadura vale todo un tesoro,
y su hoja, fina y ágil, pulida y reluciente,
al girar en el aire vertiginosamente,
brilla al sol con la ráfaga fugaz de un meteoro...

Yo quise que en mi verso, como en mi espada, hubiera
románticos ensueños y cánticos triunfales
—la gloria por escudo y el amor por cimera—,

como aquellos famosos hidalgos medievales,
que acoplaban los hilos de una gentil quimera
al épico alarido de las trompas marciales...

TOMÁS MORALES